



¿Somos capaces de crear nuestro futuro? Aunque hay variables que no podremos controlar, se puede delinear parte del camino que nos conduce a la meta personal.

EL futuro que nos alcanzo

HUGO CUESTA LEAÑO

Peter Drucker, a quien se reconoce como el fundador del *management* moderno y creador del concepto «administración por objetivos y autocontrol», nos legó muchas reflexiones. Entre ellas, una frase potente que se explica por sí misma: «La mejor forma de predecir el futuro, es creándolo». Admito que al toparme con esta frase entre las páginas que le he leído, no pude evitar detenerme un instante a cuestionarme: ¿En realidad somos capaces de moldear nuestro futuro al punto de crearlo? ¿Tenemos tal grado de control sobre las cosas, y estamos tan poco condicionados por nuestras circunstancias y entorno como para crear nuestro futuro a placer?

Ese tiempo envuelto de misterio, tejido de incertidumbre, anhelos y temores al que llamamos futuro, se nos presenta como una dimensión desconocida que se compone de tantas variables, que me parece un tanto simplista pretender tener la capacidad de crear nuestro

futuro en su integridad. Sabemos que es imposible controlarlo todo. Sin embargo, coincido plenamente en que, tomando decisiones apropiadas y alineadas a nuestro proyecto de vida, no será difícil adivinar -al menos en términos generales- como será nuestro futuro.

Son muchos los autores que comparan la vida con un camino, y a las personas con peregrinos que andamos el camino de la vida. Francisco Fernández-Carvajal, en su libro *El paso de la vida* hace en sus primeros capítulos un comparativo magistral de esta analogía y nos explica que «a nuestro paso por este mundo encontramos caminos muy diversos: caminos pedregosos, senderos claros con señales bien marcadas, otros invadidos de maleza, barrancos que las lluvias torrenciales han hecho intransitables... Caminos buenos y caminos malos».

Y a fuerza de caminar, un día levantamos la cabeza para descubrir que ese permanente mañana se ha despojado de su velo de misterio, y se ha plantado ante nosotros como una realidad palpable en el aquí y el ahora. Y que al mismo tiempo, el futuro se ha situado nuevamente un poco más allá, conservando -él sí- su sana distancia, y haciéndonos sentir como un suspiro que vive preso entre lo que fue y lo que será.

El legendario Serrat, en su canción *Cantares*, inspirada en la poesía de Machado, nos recuerda que «se hace camino al andar, y que al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar».

Ese mirar atrás es justo el ejercicio que te vengo a proponer desde estas líneas.

TODO PASA Y TODO QUEDA; LO NUESTRO ES PASAR

Seguramente te ha ocurrido, que cuando el camino de la vida te da un respiro, miras atrás y compruebas lo distante -y distinto- que te encuentras de lo que eras -y soñabas- hace 10, 20 o 30 años. También que, tiempo atrás, cuando te plantaste frente al camino, venías cargado de sueños, ilusiones, proyectos y planes, que entonces se veían lejanos, difusos e improbables, y tal vez hoy ya estás -o no- donde te habías propuesto. O tal vez tus sueños quedaron cortos y los senderos, veredas, calzadas o atajos de la vida te hayan llevado por otros derroteros.

¿Cómo imaginabas entonces tu futuro? ¿Cuántos de tus sueños, proyectos e ilusiones siguen vivos? ¿Cuántos de tus temores se hicieron realidad? Solo tú puedes hacer ese inventario y para eso necesitas, no solo hacer un alto, sino saber por dónde empezar y tener alguna metodología que te pueda funcionar.

Hay muchas formas de matar pulgas. Te comparto la mía. Al cumplir los 40, -hace 15 ya- hice (solo para mis ojos) un postulado personal: un manifiesto de vida que he venido revisando y actualizando cada mes en forma de diario. Confieso que me ha sido muy útil para sacar la brújula y revisar si mis pasos están orientados hacia ese futuro que aspiraba entonces a crear. Y también para revisar si el compromiso que hice entonces conmigo mismo sigue vivo y sobre todo vigente.



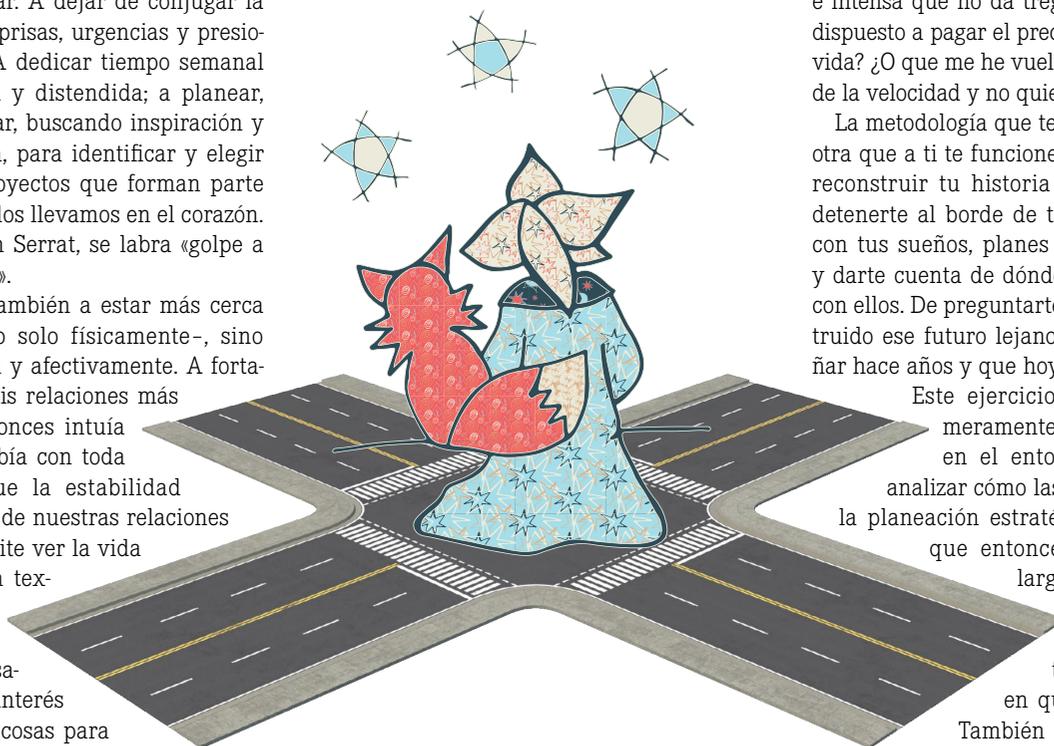
En mi manifiesto a los 40, (así llamé entonces a mi postulado) me comprometía a incorporar a mi agenda proyectos de mayor impacto vital y social. A hacer un esfuerzo consciente y constante para reducir el ritmo frenético al que había vivido, así como la tendencia obsesiva de hacer y lograr. A dejar de conjugar la vida en términos de prisas, urgencias y presiones autoimpuestas. A dedicar tiempo semanal de manera sosegada y distendida; a planear, pensar, meditar y orar, buscando inspiración y pidiendo iluminación, para identificar y elegir atinadamente los proyectos que forman parte de esa misión que todos llevamos en el corazón. La misma que, según Serrat, se labra «golpe a golpe y verso a verso».

Me comprometía también a estar más cerca de las personas -no solo físicamente-, sino sobre todo emocional y afectivamente. A fortalecer vínculos con mis relaciones más cercanas. Desde entonces intuía -aunque no lo percibía con toda su profundidad- que la estabilidad emocional y afectiva de nuestras relaciones personales, nos permite ver la vida a colores; percibir la textura, tonalidades y riqueza de las relaciones humanas y desarrollar un verdadero interés por los demás y sus cosas para poder conectar con su intimidad. Hoy me doy cuenta de que, para establecer verdaderos vínculos o lazos es necesario «arrimar el alma». Antoine de Saint-Exupéry lo dice mucho mejor en su magistral libro *El Principito* en que narra la conversación entre el Zorro y el protagonista, que seguramente recuerdas. «¿Qué significa domesticar?» Pregunta el Principito al Zorro y aquél le responde. «Crear lazos. Si me domesticas, tú serás único para mí y yo único para ti.»

El grado de avance en estos propósitos de vida no ha sido, en absoluto, lineal. Considero haber logrado avances importantes en algunas áreas mientras que en otras me he quedado mucho más corto de lo que hubiera imaginado.

La revisión «a toro pasado» de los manifiestos mensuales -que datan de 2005- ha sido de mucha utilidad para recordar (del latín *re-cordis*,

o volver a pasar por el corazón) los vericuetos, zanjadas, cañadas, calzadas y paisajes del camino que he transitado a través de los años y que me ha llevado justo al lugar en que me encuentro hoy.



seguramente en el camino cambiamos de «vocación», y elegimos una más sensata. Pero al menos de niños teníamos claro cuál era nuestro sueño. ¿Lo tenemos claro aún?

Hay uno de 2015 que puede explicar con mayor claridad a lo que me refiero y que decía: «Creo no haber encontrado todavía (¿o será que aún no estoy decidido a hacerlo?) la forma de bajar verdaderamente el ritmo y espaciar mis actividades profesionales en una agenda desbordada e intensa que no da tregua. ¿Será que no estoy dispuesto a pagar el precio de bajar el ritmo a la vida? ¿O que me he vuelto adicto a la adrenalina de la velocidad y no quiero reconocerlo?»

La metodología que te comparto -o cualquier otra que a ti te funcione- puede serte útil para reconstruir tu historia personal, y algún día detenerte al borde de tu camino, confrontarte con tus sueños, planes y proyectos de antaño y darte cuenta de dónde estás hoy en relación con ellos. De preguntarte qué tan bien has construido ese futuro lejano que empezaste a diseñar hace años y que hoy está aquí.

Este ejercicio trasciende el ámbito meramente personal y es muy útil en el entorno empresarial, para analizar cómo las decisiones de negocio, la planeación estratégica y las inversiones que entonces denominábamos de largo plazo, han delineado la forma actual de nuestro negocio y lo tienen justo en el lugar en que se encuentra ahora. También es de gran ayuda para cuestionarnos si en lo empresarial o profesional estamos donde nos habíamos propuesto.

Justamente preparando este artículo me encontré con un documento que elaboramos en nuestra firma durante una sesión del consejo consultivo de 2013. Llevaba como título «¿Cómo nos vemos en el 2018?» Era nuestro plan estratégico a cinco años. Cuando aún era razonable hacer planes a cinco años.

El resultado de este ejercicio claramente tampoco fue lineal. Se lograron en la firma avances importantes en algunas áreas. Otros proyectos siguen siendo un área de oportunidad y al menos un 10% de los proyectos ahí incluidos se abortaron a los meses de haberlos iniciado. El entorno cambió a tal grado que esos proyectos no solo eran inviables, sino que eran una locura. Estoy seguro que muchos de los proyectos que



tenías entre manos hace algunos años, han perecido devorados por las circunstancias que dan vida a la inolvidable frase de Ortega y Gasset. «Yo soy yo y mis circunstancias».

CARA A CARA CON NUESTRO NIÑO INTERIOR

A los cinco o siete años, teníamos una visión clara y feliz de nuestro futuro. Seré astronauta, -o futbolista, o bombero- respondíamos sin dudar a la pregunta recurrente de los adultos respecto a lo que seríamos de grandes. Seguramente en el camino cambiamos de «vocación», y elegimos una más sensata y realista. Pero al menos de niños teníamos claro cuál era nuestro sueño. ¿Lo tenemos claro aún? ¿Quedan vivos algunos de nuestros sueños?

Este momento puede también ser útil para reconectar y vernos cara a cara con el niño interior que todos llevamos dentro. Y de hacer las paces con las heridas de la infancia que -en menor o mayor medida- todos venimos arrastrando.

De analizar cómo hemos gestionado esas huellas de rechazo, abandono, injusticia o traición y decepciones que -en diferentes grados- todos llevamos dentro, y de cuestionarnos si nuestra cuota afectiva se encuentra hoy adecuadamente cubierta. O si aún nos hace falta sentirnos más amados y si hemos aprendido a amar.

En su libro, *La sanación de las 5 heridas*, Lise Bourbeau plantea que durante nuestra niñez, -incluso ya desde el útero materno-, la seguridad, cariño y aceptación de que se alimenta nuestra cuota afectiva, la aportan principalmente nuestros padres. A medida que poco a poco nuestro pequeño mundo se amplía para recibir a primos, amigos y compañeros de escuela, vamos alimentando nuestra afectividad de distintas fuentes. Pero para entonces ya pasaron nuestros primeros años en que nuestros padres han dejado -de manera casi siempre inconsciente- su huella en nuestra personalidad y carácter.

De ahí la importancia de tomar consciencia de la forma -positiva o no- en que nos marcaron nuestros primeros años, y de gestionar adecuadamente y sanar esas heridas de infancia que hoy pueden incidir de manera importante en nuestra personalidad y en la forma en que nos relacionamos con los demás.

Un rasgo característico de la madurez es reconocer esa influencia infantil que hoy nos hace

ser quienes somos, y que como seres libres y maduros, es nuestra responsabilidad aceptar, perdonar, superar y sobre todo sanar esas heridas para convertirnos en la persona que anhelamos y para, a nuestra vez, no lastimar o herir a nuestros hijos o nietos.

De no afrontar seriamente el asunto de nuestra niñez, corremos el riesgo de llegar al ocaso de nuestra vida, y seguir culpando de nuestros fracasos y relaciones fallidas a una infancia lejana en el tiempo, pero siempre viva en nuestro corazón; y de no reconocer que hace muchos años debimos haber dado la vuelta a la página y hacernos responsables de nosotros mismos.

Al volver la vista atrás, seguramente no hubiésemos elegido muchos de los capítulos que nos ha tocado vivir, ya que probablemente no estaban en el libreto de la vida color de rosa que soñábamos. Pero, nos guste o no, hoy forman parte de la historia de nuestra vida, y poco a poco hemos aprendido a tomar consciencia que no siempre somos responsables de lo que nos sucede, pero sí de nuestra manera de reaccionar ante lo que nos sucede.

¿Qué hemos hecho con lo que nos ha ocurrido? Esta pregunta es relevante ya que como nos recuerda Aldous Huxley «La experiencia no es lo que te sucede, sino lo que haces con lo que te sucede». ¿Realmente hemos aprendido la lección de las heridas, raspones, desilusiones y fracasos con que la normalidad teje el camino de la vida?

Si nos tomamos el tiempo y la calma para dar un buen vistazo atrás, podremos determinar si nos hemos convertido en el hombre o la mujer con la que soñamos hace ya varios lustros. ¿Qué

pensaría de ti tu niño interior de 5 años -sí, el astronauta- de la persona que eres hoy?

No necesariamente te va a gustar lo que veas hoy desde la óptica del presente. Más aún, tal vez caigas en cuenta de que no has sido fiel a tí mismo, y a estas alturas de la vida sigas jugando -por complacer a otros- un papel que no te corresponde. De ser así estarías ignorando el sabio consejo de Oscar Wilde: «Sé tú mismo, los demás puestos están ocupados». Y el de Sting que en su canción *English man in New York* nos recomienda: «*Be yourself no matter what they say!*».

Es probable, incluso, que percibas lo lejos que te encuentras del camino, pero esta toma de consciencia será justamente lo que te permita identificar lo que necesitas hacer para retomarlo. Si es que anduvieras descarriado.

La intención de estas líneas no es confrontarte inútilmente con la distancia entre tus sueños y tu realidad, ni de promover una frustración inútil y sin sentido. Al contrario, pretenden motivarte a aprovechar los tiempos inusitados de la tristemente célebre COVID-19 para abrir un espacio de reflexión y análisis para hacer inventario y definir si tus pasos se orientan en la dirección que quieres darle a tu vida. Solo tú eres capaz de saber -más que con la cabeza, con el corazón- si éste es el lugar en el que quieres estar justo en este convulsionado 2020.

Si por alguna razón no te gusta lo que ves en tus distintos roles: personal, familiar, social, económico o espiritual, no desesperes. Con voluntad, y un proyecto de vida, siempre hay oportunidad de desandar los pasos que te han alejado de tu camino.

Stephen Hawking nos recuerda de manera tajante que «Mientras haya vida hay esperanza», y es momento de recordar también que el segundo tiempo de la vida es una oportunidad para recomponer el camino y retomar la senda que, solo tú sabes, te conduce a la conquista de esa misión única e irrepetible con la que naciste. Esa que llevas inscrita en el corazón y que da respuesta a la incómoda pregunta que nos asalta cuando nadie nos ve: «¿Para que estoy aquí?» </>

 Hugo Cuesta es autor de *La crisis de la mitad de la vida*. Abogado corporativo internacional y vicepresidente de Meritas Law Firms Worldwide.